4/08/2018

MI DULCE REFUGIO EN LA TORMENTA
Mateo 8:23-27

Cuentan que un día un campesino le pidió a Dios le permitiera mandar sobre la Naturaleza para que -según él – le rindieran mejor sus cosechas.
¡Y Dios se lo concedió!
Entonces cuando el campesino quería lluvia ligera, así sucedía; cuando pedía sol, éste brillaba en su esplendor; si necesitaba más agua, llovía más regularmente; etc.
Pero cuando llegó el tiempo de la cosecha, su sorpresa y estupor fueron grandes porque resultó un total fracaso. Desconcertado y medio molesto le preguntó a Dios por qué salió así la cosa, si él había puesto los climas que creyó convenientes.
Pero Dios le contestó – "Tú pediste lo que quisiste, más no lo que de verdad convenía. Nunca pediste tormentas, y éstas son muy necesarias para limpiar la siembra, ahuyentar aves y animales que la consuman, y purificarla de plagas que la destruyan…"-
Así nos pasa: queremos que nuestra vida sea puro amor y dulzura, nada de problemas.
El optimista no es aquel que no ve las dificultades, sino aquel que no se asusta ante ellas, no se echa para atrás. Por eso podemos afirmar que las dificultades son ventajas, las dificultades maduran a las personas, las hacen crecer.
Por eso hace falta una verdadera tormenta en la vida de una persona, para hacerla comprender cuánto se ha preocupado por chubascos pasajeros.
LO IMPORTANTE NO ES HUIR DE LAS TORMENTAS, SINO TENER FE Y CONFIANZA EN QUE PRONTO PASARÁN Y NOS DEJARÁN ALGO BUENO EN NUESTRAS VIDAS.

El escritor y poeta alemán Bertolt Brecht escribió: *"Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos. Pero los hay que luchan toda la vida: estos son los imprescindibles"*. Todos pasamos por tormentas en la vida y todos reaccionamos de diferentes maneras. Algunos reaccionan con coraje y la toman contra quien se les ponga enfrente; otros reaccionan con temor y se esconden en sí mismos, en su dolor y en el desánimo; y otros las enfrentan con valentía y no se dan por vencidos hasta ver llegada la victoria.

En la obra de Dios estos últimos son los hombres y mujeres que se requieren, son los que hacen mucha falta. Aquellos y aquellas que no se dan por vencidos en medio de las tormentas, que no huyen ni se esconden ante las tempestades de la vida, que luchan todos los días y que salen victoriosos; estos son los imprescindibles del ministerio. Estos son los discípulos del Señor.

¿Cómo pueden lograrlo? ¿Será acaso que están dotados de habilidades extraordinarias? El presente relato Bíblico nos da la respuesta. Lo que ocurre en este relato era algo que habrían de aprender aquellos discípulos del Señor y que también debemos aprender nosotros.

Jesús había estado en Capernaum, en la provincia de Galilea, en donde había estado enseñando y realizando algunos milagros. Llegó un momento en que el Señor se vio rodeado de tanta gente que tuvo que salir de allí. Tal vez se sintió como ahogado al estar rodeado muy de cerca por una multitud de personas, o tal vez vio que solo lo buscaban para que hiciera algo para ellos. A veces buscamos al Señor solo para que nos haga cosas; no lo buscamos por Él mismo, porque queramos escucharle, servirle y obedecerle, o simplemente alabarle, sino para que nos haga algún “milagrito”; queremos por ejemplo que el Sanador produzca sanidad, pero no queremos nada con el Sanador.

Capernaum está situada a la orilla del Mar de Galilea. Por eso les dijo a sus discípulos que se subieran a la barca para pasar al otro lado del mar y así lo hicieron ellos. Los que siguen en verdad a Cristo se embarcan con Él y están dispuestos a seguirle a donde Él los lleve sin importar los peligros a los que se puedan enfrentar, estos son los verdaderos discípulos del Señor. Otros simplemente se contentarán con estar en tierra firme en donde se sienten más seguros y sin compromiso; es decir, se fue el Señor y ellos simplemente se van a sus casas sin que nada haya cambiado en sus vidas; cuando lo vuelvan a ver, le volverán a pedir algo. Pero los discípulos lo siguen y se embarcan con Él.

Por la posición geográfica del Mar de Galilea, era común que se desataran frecuentemente tempestades violentas repentinas, es decir, que no necesariamente dependen de las condiciones del tiempo, simplemente de repente se dan. Los discípulos sabían perfectamente eso y aun así se embarcaron con Él sin ningún problema.

Pero hay un dicho que dice: *"del dicho al hecho hay un buen trecho"*. Esto significa que hay una gran distancia entre lo que se dice y lo que se hace. Muchos dicen que siguen al Señor y que harían cualquier cosa por Él y para Él, pero sus acciones demuestran que fueron solo palabras. A Pedro le pasó. Pedro le dijo al Señor que nunca se escandalizaría de Él y que nunca lo negaría y que hasta moriría por Él *(Mt. 26: 30-35)*. Pero cuando arrestaron al Señor Jesús huyó despavorido y hasta lo negó tres veces, tal como el Señor le dijo que iba a hacer *(Mt. 26:69-75)*. Nosotros podemos decir lo que queramos, pero Él conoce nuestros corazones.

Pues cuando van para el otro lado del mar, es entonces en donde comienza nuestra historia de hoy.

"Y entrando Él en la barca, sus discípulos le siguieron. Y he aquí que se levantó en el mar una tempestad tan grande que las olas cubrían la barca; pero Él dormía" (vv.23-24).

Se subieron todos a la barca y se desató una de esas tempestades repentinas, aunque en realidad creo que esta la provocó Dios para revelar al Hijo y para edificar la fe de los discípulos; y si no la provocó Él, de cualquier manera la aprovechó con el mismo propósito: revelar al Señor y edificar la fe de los discípulos. El propósito es lo verdaderamente importante porque a veces prestamos más atención al drama que al propósito del drama.

Se levantó una gran tempestad. La palabra griega que se usa para tempestad es *seismós*, de donde obtenemos la palabra *cismo* o *terremoto*. Significa una fuerte sacudida; como un tsunami. Ese terremoto marino hizo que se levantaran las olas bien alto y junto con lo fuerte de los vientos, que regularmente soplan de todas partes al mismo tiempo, hizo que los discípulos se llenaran de espanto. Los vientos eran fuertes y las olas no solo golpeaban la barca, sino que el agua se metía en la barca.

El temor de los discípulos parece un temor perfectamente natural. ¿Quién puede criticarlos?, ¿no se asustaría usted ante semejante situación? Los súperarchirecontra espirituales dirían: *"No, porque Jesús viene conmigo"*. Nada más que ellos están apenas aprendiendo a conocer al Señor. Nosotros también debemos de aprender a conocerlo. Además, considere lo siguiente: ellos sabían perfectamente que tormentas repentinas se aparecían y se podría decir que hasta estaban acostumbrados a ellas, por cuanto eran pescadores; los discípulos

conocían muy bien el lugar en donde estaban. Así que esta tempestad debió haber sido algo muy fuera de lo normal como para provocarles el miedo que experimentaron.

Y mientras ellos se mueren de miedo ante la tempestad, ¿qué estaba haciendo el Señor Jesús? Él está dormido. Esta es la calma que sólo produce la fe en Dios. El Señor Jesús descansa en la seguridad de que su Padre lo protege. Ni la lluvia ni el enorme ruido, ni las sacudidas del mar, despertaron al Señor.

"Y vinieron sus discípulos y le despertaron, diciendo: ¡Señor, sálvanos, que perecemos!" (v.25).

El Señor ya les había advertido que seguirlo a Él no les garantizaba ninguna comodidad *(vv.19-20)*. Pero seguramente ninguno de ellos esperaba cosas como las que estaban pasando en ese momento. Sin embargo, los discípulos hicieron lo que es correcto: acudieron al Señor Jesús. Estaban dando gritos de auxilio a su Maestro. Y, lo que no pudo hacer la naturaleza, lo logró el llamado angustioso de sus discípulos, esto es, despertar al Señor. El Señor siempre escucha los gritos de desesperación de los suyos.

"Él les dijo: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? Entonces, levantándose, reprendió a los vientos y al mar; y se hizo grande bonanza" (v.26).

Note que el Señor no les llamó la atención por no tener fe en Él; les llamó la atención por su *poca fe*, que no es lo mismo. Ellos están aprendiendo a conocer al Señor y lo van a conocer más en la medida en que no se aparten de Él. Pero aquí, ellos dudaron por un momento que el Señor pudiera tener cuidado de sus vidas. Entonces el Señor ordenó a los vientos y al mar que se calmaran y vino inmediatamente una gran calma.

"Y los hombres se maravillaron, diciendo: ¿Qué hombre es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen?" (v.27).

El Señor Jesús tiene poder no solo sobre la naturaleza; tiene poder para calmar nuestras tormentas en la vida y traernos grande paz y gozo. Ellos se maravillaron de su poder; recuerde, lo estaban conociendo y cada día se convencían más de que Él era el Mesías esperado por Israel. Si Él podía hacer que esa gran tormenta se convirtiera en una gran calma, Él podía hacer cualquier cosa por difícil que parezca. La autoridad del Señor es completa y absoluta. Tiene poder sobre la naturaleza para convertir la

tormenta en calma y tiene poder para convertir nuestras tormentas en calma.

Conclusión.

En donde quiera que está el Señor Jesús se calman las tempestades de la vida. En su presencia, las más terribles tempestades se convierten en paz. En su presencia encontramos consuelo, refugio y seguridad. El Señor calma todas las tempestades de la vida. ¿Por qué es importante refugiarnos en Él? Porque las tempestades pueden afectar nuestra fe, nuestra estabilidad espiritual.

La barca estaba llena de sus discípulos, así como la iglesia está llena de fieles; la barca es como la iglesia, en donde los fieles tienen que afrontar un montón de peligros. Pero pueden estar confiados de que el Señor atiende a sus llamados de auxilio y que el Señor los protegerá. La barca también puede ser un símbolo de la vida, del viaje de la vida. En el camino enfrentaremos tempestades muy violentas, pero lo peor que podemos hacer es dejar la barca para tratar de salvarnos; nos puede ir peor. Lo mejor que podemos hacer es acudir con Aquel que nos puede salvar calmando nuestras tormentas.

Es fácil que critiquemos la falta de fe de los discípulos en esta situación, pero ¿cómo hubiéramos reaccionado usted o yo? Aunque sabemos que Jesús también está siempre con nosotros, no importa dónde estemos o qué peligros nos amenacen, ¿podemos afirmar que nuestra fe nunca se debilita en momentos de dificultad y peligro? También debemos confesar que nuestra fe a veces es lamentablemente débil. En momentos como ése podemos aprender también de los débiles discípulos de Jesús e ir a nuestro Señor en oración y confiar en Él para salvación.

Por eso siempre deberíamos pedir al Señor como hicieron sus discípulos: Señor, *"...auméntanos la fe (Lc. 17:5)*. No conocemos, quizá, lo débil que puede ser nuestra fe hasta que se nos mete en las tempestades de la vida. Pero fiel es el Señor que escucha nuestro clamor y nos ayuda calmando la tormenta y dándonos respiro, paz y tranquilidad.

Los discípulos dudaron por un momento que Él pudiera tener cuidado de ellos y, ¿cuántas veces nos pasa a nosotros lo mismo? Es cuando queremos saltar de la barca, es cuando nos queremos encerrar en

nosotros mismos, o queremos hacer las cosas por nuestra cuenta, porque dudamos que el Señor nos pueda ayudar.

Pero Él es fiel. Dice el dicho que *después de la tempestad viene la calma*, claro, sólo si podemos permanecer aferrados a Él. Aprendamos como los discípulos a conocer al Señor, aprendamos a refugiarnos en Él en las tormentas más peligrosas de nuestras vidas, aprendamos a desarrollar la fe que triunfa. El Señor tiene poder para dominar la adversidad que nos sale al encuentro. Él actuará en favor de nosotros. Con el Señor Jesús en nuestra barca, sin duda alguna que podemos navegar seguros y en paz a pesar de las tormentas. Amén… Vamos a orar…